

Gramsci y Althusser en la experiencia de *Pasado y Presente**

Marcelo Starcenbaum

I.

La delimitación del lugar ocupado por el althusserianismo en el proceso de relectura del corpus marxista llevado a cabo por el colectivo de *Pasado y Presente* ha estado en gran medida condicionada por una variable interpretativa que postula una necesaria incompatibilidad y exclusión entre las tradiciones gramsciana y althusseriana. Las intervenciones producidas en las décadas de 1980 y 1990 en pos de reconstruir los itinerarios del gramscianismo en América Latina establecieron un sentido común en torno a la relación entre la circulación de la obra de Gramsci y la de Althusser en la izquierda latinoamericana: el auge del althusserianismo durante la segunda mitad de la década de 1960 habría bloqueado la difusión de la obra gramsciana y le habría otorgado a ésta la marca del prejuicio althusseriano; al mismo tiempo el gramscianismo habría comenzado a ser hegemónico a medida que el althusserianismo perdía su interés a mediados de la década de 1970.¹

Los elementos característicos del sentido común en torno a la incompatibilidad entre las tradiciones gramsciana y althusseriana se estructuraron en un momento en el que la izquierda latinoamericana llevaba a cabo un proceso de deconstrucción del marxismo posclásico y formulación de un corpus marxista adecuado a los nuevos tiempos. Este proceso, que implicó tanto una revisión de la experiencia de las formaciones de la nueva izquierda latinoamericana como de las corrientes marxistas que se articularon con ellas, redundó en una historización de la tradición marxista caracterizada por el otorgamiento de valoraciones positivas a las corrientes que podían ser traducidas a la nueva gramática teórica de la década de 1980 y la hostilidad frente a aquellas que se presentaban como intraducibles a ese presente. Así, la articulación entre la relectura de Gramsci y la deriva democrática de la izquierda latinoamericana estuvo acompañada por una revisión del corpus marxista explícitamente reactiva al althusserianismo, lo cual se manifestó en una historización que absolutizaba las diferencias entre las tradiciones gramsciana y althusseriana, silenciaba la especificidad

* Publicado en Cabezas, Oscar Ariel (comp.) *Gramsci en las orillas*. Buenos Aires, La Cebra, 2015, pp. 171-218.

¹ Arnaldo Córdova señalaba lo *lamentable* del hecho de que la figura de Gramsci fuera conocida a través de las críticas althusserianas, “Gramsci y la izquierda mexicana”. *La Ciudad Futura*, N° 6, agosto de 1987, p. 15; Marco Aurélio Nogueira afirmaba que la obra de Gramsci se topó con una intelectualidad inundada de *estructuralismo* y del *efecto Althusser*, “Gramsci, a questão democrática e a esquerda no Brasil”, en Carlos Nelson Coutinho y Marco Aurélio Nogueira (orgs.). *Gramsci e a América Latina*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1988, pp. 130-152; el propio José Aricó afirmaba que la forma predominante de acercamiento a Gramsci se hacía a través de las obras de Althusser y que de este modo se interiorizaba un Gramsci ligado a la tradición idealista italiana, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 154; Carlos Nelson Coutinho señalaba que el privilegio alcanzado por la obra althusseriana relegó los libros de Gramsci a los estantes de ofertas, “Brasil y Gramsci: variadas lecturas de un pensamiento”. *Nueva Sociedad. Democracia y política en América Latina*. N° 115, septiembre/octubre de 1991, pp. 104-113; Jaime Massardo le adjudicaba a la legitimidad alcanzada por el althusserianismo una postergación de la recepción de Gramsci que impidió una valoración del historicismo gramsciano, “Gramsci in America Latina. Questioni di ordine teorico e político”, en Alberto Burgio y Antonio Santucci (eds.). *Gramsci e la rivoluzione in Occidente*. Roma Riuniti, 1999, 324-355.

de sus diferencias y obturaba la visibilización de las relaciones de compatibilidad e intercambio entre ellas.²

En el presente trabajo nos proponemos reconstruir el lugar de Althusser en el proceso de relectura de la tradición marxista emprendido por el colectivo de *Pasado y Presente*, tanto en la revista que le da nombre a dicho grupo como en los *Cuadernos de Pasado y Presente*. De esta forma, perseguimos el objetivo de recortar y analizar aquellas instancias de recepción del althusserianismo en el proceso de relectura del corpus marxista que le otorgó a la experiencia de *Pasado y Presente* su significación y singularidad. Creemos que dicha delimitación nos permite acceder a una diversidad de articulaciones de *Pasado y Presente* con la tradición althusseriana, algunas de las cuales son reductibles en parte a la interpretación canónica, en la que gramscianismo y althusserianismo aparecen como irremediabilmente contrapuestos; otras, sin embargo, nos permiten acceder a un espacio en el cual las fronteras entre los itinerarios de Gramsci y de Althusser en Argentina se nos presentan sino directamente diluidas, claramente difusas y porosas.

II.

Resulta innegable que los elementos fundamentales del marxismo sustentado por la experiencia pasadopresentista a partir de su escisión del comunismo partidario constituyen instancias potencialmente reactivas al althusserianismo. La principal intervención de la revista que da cuenta de dichos elementos, “Pasado y presente”, escrito por Aricó para el número 1 a modo de manifiesto, nos permite advertir la estructuración de un marxismo configurado a partir de las bases historicista y humanista de la tradición marxista. Si bien la experiencia pasadopresentista compartía con la corriente althusseriana el gesto radicalizador del comunismo pos-estalinista, el impulso renovador de la política comunista generado por *Pasado y Presente* estaba vehiculado por un marxismo de matriz gramsciana que, a simple vista, aparecía como impermeable a una relectura antihumanista y antihistoricista de Marx como la propiciada por el althusserianismo.

Los argumentos rupturistas esbozados por Aricó enfatizaban la concepción del marxismo como filosofía de la praxis. El señalamiento como tarea política prioritaria de la búsqueda en el pasado de las causas por las cuales no se concretó en Argentina una voluntad colectiva revolucionaria aparecía asociado a una problematización de los impedimentos que tuvo el marxismo para introducirse al interior del proletariado del país. Al respecto, Aricó le asignaba a la nueva generación de intelectuales la obligación de no repetir el error de la vieja vanguardia política de desligar la dinámica partidaria de los procesos de conciencia que atraviesa la clase obrera. En este sentido, la dificultad en la concreción de una ligazón efectiva entre marxismo y proletariado no era remitido a la incapacidad de la clase obrera o a la hostilidad del contexto, sino que era vinculada específicamente con el modo equivocado a través del cual el comunismo partidario concebía la tarea de adecuación interpretativa del marxismo y la forma de su inserción en la práctica revolucionaria. Frente a estas concepciones obsoletas aparecía postulada

² Si bien configurado en las décadas de 1980 y 1990, este sentido común se prolongó hacia estudios más recientes sobre la experiencia de *Pasado y Presente*. Ver caracterizaciones del althusserianismo como *contingencia* y *contaminación* en Raúl Burgos. *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 189-191 y Horacio Crespo, “En torno a Cuadernos de Pasado y Presente, 1968-1983”, en Claudia Hilb (comp.). *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p 193, respectivamente.

como necesaria la reflexión sobre la propia práctica y el énfasis en la concepción de la filosofía como toma de conciencia y autorreflexión a la que se somete a la praxis.

El acento puesto por Aricó en la filosofía de la praxis estaba acompañado por un repaso crítico de las instancias del comunismo partidario en las cuales el marxismo se había inclinado hacia posiciones teoricitas. En referencia a las transformaciones modernizadoras que atravesaba por ese entonces la sociedad cordobesa, la intervención pasadopresentista advertía, en la lectura que el comunismo partidario realizaba de dicho proceso, una expresión de las dificultades tradicionales de la izquierda por superar las polaridades entre ideología y ciencia, conocimiento histórico y metodología científica y totalidad y empirismo. El marxismo que le permitiría a la nueva izquierda evitar dichos dilemas era sistematizado por Aricó como un aparato cognoscitivo capaz de trascender la escisión entre teoría y práctica. Denunciadas la consideración de la teoría como justificadora de la práctica política y la concepción de la práctica política en tanto ejemplificación de la teoría como manifestaciones ideológicas de un distanciamiento entre intelectuales y pueblo, la identidad entre teoría y práctica aparecía postulada como el elemento que le asegura a la organización revolucionaria el establecimiento de la unión entre la dirección y las bases, lo que permitía al partido, por lo tanto, convertirse en un verdadero intelectual colectivo. Era esta identificación de las inclinaciones teoricitas del comunismo partidario lo que habilitaba a Aricó a refutar la idea de la inadecuación del marxismo para la comprensión y la intervención en las sociedades modernas. A decir del cordobés, lo que se hallaba en situación de crisis en ese momento no era el marxismo como tradición, sino que lo que estaba entrando en una fase terminal eran sus expresiones dogmáticas.

El núcleo problemático de la sociedad moderna sobre el cual Aricó depositaba la tarea fundamental de la investigación marxista contemporánea era el de la alienación. Movimiento derivado explícitamente de la atención que concitaba para el colectivo de *Pasado y Presente* las transformaciones acaecidas al interior de la clase obrera cordobesa y especialmente el surgimiento de un *tipo humano*, aquel configurado a partir de la experiencia del trabajo en los complejos industriales modernos, la conceptualización de la función del marxismo era traccionada hacia la tarea de negación de una sociedad alienada en la que está impedida toda posibilidad de realización de lo humano. El problema de la alienación aparecía permeando el pormenorizado análisis realizado por Aricó de la situación de las fábricas cordobesas. Introducción de técnicas de racionalización del trabajo y disminución de la importancia individual del trabajador eran, de este modo, analizadas como procesos de desnaturalización del contenido humano del trabajo y estructuración de un trabajador de tipo colectivo, fenómenos a los cuales se les asignaba tanto un efecto negativo de intensificación de la alienación como una posibilidad de apertura de un terreno para una acción ideológica efectiva de la clase obrera.

Si para Aricó el problema de la alienación y la subjetividad constituía un elemento de prioridad en la agenda de la investigación marxista, la evaluación que éste realizaba del desarrollo del marxismo en relación a dichas temáticas conllevaba la advertencia de un déficit. La importancia de los escritos del joven Marx, especialmente los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844, y la necesidad de que la investigación marxista analizara las formas del capitalismo contemporáneo desde categorías como las de *trabajo alienado*, *exteriorización* y *reificación*, eran contrapuestos al retraso en el desarrollo de lecturas antropológicas de *El Capital* y al reparo que generaba este tipo de análisis entre los marxistas debido al halo hegeliano del concepto de alienación y de los *Manuscritos*... en general. La propuesta esbozada por Aricó no dejaba lugar a dudas; era hacia la problemática abierta por el joven Marx que debía dirigirse la investigación

marxista si lo que se pretendía era devolverle al marxismo su potencialidad explicativa y militante:

No siempre los continuadores de Marx supieron comprender la riqueza actual, el profundo valor cognoscitivo de trabajos como los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* y otros escritos ‘juveniles’, durante mucho tiempo reducidos a la cómoda y no comprometedora categoría de obras ‘pre-marxistas’ y por lo tanto hegelianizantes. Es hoy más necesario que nunca que el marxismo retome el discurso del genio de Tréveris y lo desarrolle en forma creadora profundizando el aspecto **antropológico o humanista** de una doctrina que nunca perdió en sus fundadores el sentido de una reflexión del hombre sobre el hombre³

La prioridad otorgada al problema de la alienación y el énfasis en las dimensiones humanistas de la doctrina marxista estuvieron presentes a lo largo de la primera etapa de la revista, especialmente a través de la inclusión de artículos escritos por colaboradores y textos tomados de publicaciones extranjeras y traducidos al español.⁴ Sin embargo, la expresión más significativa de este direccionamiento dentro del corpus marxista la constituyó, por su carácter concreto y su pretensión de incidencia en los problemas de la clase obrera, la publicación del “Informe preliminar sobre el conflicto de Fiat” en el número 9 de la revista. Dicho informe, que reunía datos relativos al conflicto desarrollado en la fábrica cordobesa en 1965 –datos de la empresa,

³ José Aricó. “Pasado y Presente”. *Pasado y Presente*. Año I, N° 1, abril-junio de 1963, p. 14. A modo de refuerzo de dicho direccionamiento, el primer número de la revista contenía, en la sección de notas y comentarios, una reseña escrita por Del Barco de las dos ediciones en castellano de los *Manuscritos...* realizadas en 1962; la de Grijalbo, traducida por Wenceslao Roces, y la de Fondo de Cultura Económica, acompañada por el texto introductorio de Erich Fromm “Marx y su concepto del hombre”. La lectura demarcada en dicha reseña refutaba las aproximaciones a los *Manuscritos...* que negaban la validez de dicha obra por pertenecer al período de juventud de Marx o que tendían a concebirla como parte de un camino hacia las obras de su madurez. Sin embargo, Del Barco también criticaba aquellas lecturas, como la de Fromm, que recurrían a textos como los *Manuscritos...* para configurar una interpretación ética de Marx. Frente a este abanico de protocolos de lectura juzgados como insuficientes, las aproximaciones más fértiles aparecían vinculadas, más allá de la referencia a Gramsci, con autores pertenecientes al marxismo fenomenológico, como Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, Tran-Duc-Thao y Enzo Paci. Un dato resulta relevante del tenor rupturista que adquirirá la intervención althusseriana y de la potencial desconfianza que podía generar una lectura de Marx como la propuesta por Althusser: al problematizar las interpretaciones que identificaban un hiato entre las obras de juventud Marx y sus obras de madurez, Del Barco vislumbraba que era “cada vez menos viable” la aproximación que tiende a negar al joven Marx en provecho del Marx maduro pero remarcaba que no debía olvidarse el hecho de que “durante largos años la llamada ‘ortodoxia’ marxista ni mencionó los *Manuscritos*”, “Marx y los Manuscritos económico-filosóficos de 1844”. *Pasado y Presente*. Año I, N° 1, abril-junio de 1963, p. 102.

⁴ Entre los primeros cabe destacar “Trabajo, símbolo y evolución humana” del cordobés Enrique Revol, publicado en el número 2-3. Entre los segundos, “Verdad y libertad” del italiano Cesare Luporini, publicado en el número 1 y “Marxismo, técnica y alienación” del brasileño Arthur Gianotti, publicado en el número 5-6. Resulta relevante la inclusión de un texto de éste último, en tanto el brasileño será en 1968 el autor del célebre artículo “Contra Althusser”, publicado en la revista paulista *Teoría e prática*.

cronología de la huelga, organización sindical, estrategia obrera- se presentaba como un intento de sistematización de la información a los fines de promover una discusión entre la dirección de la revista y los dirigentes que formaron parte del conflicto. La presentación de Aricó al informe, “Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera”, encuadraba el trabajo realizado sobre la huelga de Fiat desde una perspectiva en la cual se articulaban elementos provenientes de los desarrollos teóricos en torno al neo-capitalismo, como los de la revista *Quaderni Rossi* en Italia y André Gorz y Serge Mallet en Francia, con un incisivo juicio retrospectivo de las posiciones del PCA frente a la clase obrera, especialmente en lo referente a la unilateralidad de la ortodoxia marxista frente al proletariado y la consecuente inadvertencia de las transformaciones acaecidas en el mundo industrial.⁵

De dicha articulación se derivaba un reforzamiento de las directrices marxistas sistematizadas por Aricó en el primer número de la revista. En primer lugar, la convicción de que el concepto de clase obrera no puede ser producto de una deducción filosófica operada solamente a nivel teórico, sino que debe ser extraído de los datos reales de la situación concreta sobre la cual se pretende intervenir. De este modo, *Pasado y Presente* se proponía como una empresa marxista centrada en el análisis del obrero *argentino, concreto y real*, operación que permitía legitimar las preocupaciones por la situación de los trabajadores de las nuevas empresas capitalistas al mismo tiempo que subrayar las diferencias con los marxismos que absorbían las particularidades de la clase obrera a las estrecheces de sus posturas doctrinarias y desligaban la figura del obrero de las relaciones de trabajo específicas en las que estaba inserto. La centralidad otorgada a las transformaciones del mundo industrial y la situación de los trabajadores en las grandes fábricas expresaba, por lo tanto, un esfuerzo por construir una política de unidad entre intelectuales y clase obrera no a partir de actitudes principistas y declaracionistas, sino sobre la base de un trabajo concreto de investigación y militancia. De allí que Aricó intentara zanjar la discusión sobre el espontaneísmo y el vanguardismo a través de la elaboración de un programa concentrado en el problema de la alienación y enfocado en contrarrestar los elementos ideológicos burgueses que racionalizaban y mistificaban la maximización de ganancias. La respuesta a su pregunta, fundamental y urgente, sobre “¿cuál es la posibilidad que se le ofrece al joven intelectual proveniente de las capas medias de fundirse con la clase obrera?”⁶, se expresaba en dos planos tan indicativos de lo que se pretendía dejar atrás como del dispositivo militante que se pretendía consolidar. Denunciada la posición doctrinalista sostenida históricamente por el PCA como dogmática y caracterizado el intento vanguardista de conducir la lucha política revolucionaria desde fuera de la fábrica como “la tragedia de la izquierda argentina”⁷, Aricó postulaba la necesidad de una política revolucionaria focalizada en la alienación sufrida por el trabajador en el proceso productivo, capaz de potenciar el componente anticapitalista presente en la lucha

⁵ Junto al informe y la introducción de Aricó, el número 9 de la revista traía un artículo de Darío Lanzardo, “Intervención socialista en la lucha obrera”, publicado en *Quaderni Rossi* y traducido por Aricó, y “La encuesta obrera de 1880” de Marx. Sobre la relación de *Pasado y Presente* con las expresiones políticas e intelectuales del obrerismo europeo, ver Adriana Petra. “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”. Diego García y Ana Clarisa Agüero (eds.). *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*. La Plata, Al Margen, 2010, pp. 213-239.

⁶ José Aricó. “Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera”. *Pasado y Presente*. Año III, N° 9, abril-septiembre de 1965, p. 55.

⁷ *Id.*

sindical y cuyo objetivo principal fuera el de contribuir a que la clase obrera obtuviera una autonomía política, ideológica y organizativa.

Sin embargo, otras dimensiones implícitas en el desarrollo de la experiencia de *Pasado y Presente* nos permiten dar cuenta de cierta permeabilidad frente a la renovación propiciada por el althusserianismo. Fundamentalmente, porque el establecimiento de un horizonte marxista marcadamente gramsciano no implicaba una irradiación opresiva de la matriz humanista e historicista hacia todas las dimensiones de la intervención pasadopresentista. El propio manifiesto escrito por Aricó daba cuenta de una apuesta por constituir un marxismo que escapara de las trampas del dogmatismo y que estuviera dotado de una predisposición a la apertura teórica. Enmarcada en un proyecto de creación de un nuevo tipo de cultura y modificación de la relación tradicional entre elites intelectuales y masas, dicha apertura era remitida a la necesidad de una difusión efectiva de las verdades del marxismo entre el proletariado. De este modo, la revista se planteaba como una plataforma que permitiría a los lectores acercarse a traducciones de textos vinculados con los debates contemporáneos del marxismo y como un espacio abierto a corrientes marxistas que, aún sin converger con las líneas directrices de la revista, abordaran los mismos núcleos problemáticos que movilizaban la intervención del colectivo de *Pasado y Presente*.

Una expresión relevante de esta tendencia aperturista lo constituyó la traducción y edición en el primer número de la revista de una serie de textos pertenecientes al debate generado al interior del marxismo italiano a partir de la obra de Della Volpe.⁸ Con el título “A propósito del carácter del historicismo marxista”, el dossier reproducía un conjunto de intervenciones de filósofos marxistas italianos publicadas en *Rinascita* en 1962: “La relación Hegel-Marx” de Colletti, “La realidad objetiva de la contradicción” de Badaloni, “Sobre la realidad objetiva de la contradicción” de Paci, “Sobre la dialéctica (una respuesta a los compañeros y a los otros)” de Della Volpe, “El círculo concreto-abstracto-concreto” de Luporini, y “Para un desarrollo unitario de los estudios marxistas” de Alessandro Natta. Dichas intervenciones estaban acompañadas por una introducción del propio Luporini, “Apuntes sobre una discusión entre filósofos marxistas en Italia”, dedicada a establecer las coordenadas fundamentales de la querrela abierta en el marxismo italiano por la interpretación de Marx postulada por el dellavolpismo. En ella, Luporini afirmaba que la obra de Della Volpe acentuaba marcadamente la contraposición entre la dialéctica marxista y la dialéctica hegeliana, formaba parte de un intento deliberado de liquidar de la cultura filosófica italiana la herencia de pensadores idealistas como Giordano Bruno y Vico, priorizaba la concepción del marxismo como *metodología* en detrimento de su adopción como

⁸ Como bien demuestra Petra, la recepción argentina de Della Volpe se produjo especialmente en el terreno de la estética, siendo Raúl Sciarreta su principal impulsor, quien editó *Crisis de la estética romántica* por Jorge Alvarez en 1964 y *Claves de la dialéctica histórica* por Proteo en 1965, el cual también tradujo. En el caso específico de *Pasado y Presente*, con el antecedente inmediato de *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, el libro de Portantiero editado 1961 cuyo aparato analítico incorporaba la perspectiva dellavolpeana, la dimensión estética del marxismo de Della Volpe está presente en dos artículos de Schmucler. El más relevante, “La cuestión del realismo y la novela testimonial argentina”, del primer número de la revista, proponía una discusión en torno al problema del realismo en la cual se impugnaban las concepciones románticas e idealistas del arte y procedía a un análisis de la literatura argentina en el cual el dellavolpismo aparecía desplazando a la teoría lukacsiana. En “Hacia una nueva estética”, del número 5-6, Schmucler realizaba una despiadada reseña de la edición de *Crisis de la estética romántica* preparada por Sciarreta, a quien le reprochaba una aproximación a la obra de Della Volpe realizada desde los marcos del dogmatismo partidario.

concepción del mundo, y direccionaba la lectura de *El Capital* en un sentido contrario a una deseable aproximación antropológica.

Como puede apreciarse, el modo a través del cual eran presentados por Luporini los elementos configurantes del marxismo dellavolpeano guarda una estrecha similitud con la forma en la cual será recibida años después la interpretación de Marx realizada por Althusser. De la misma manera que ocurrirá con la irrupción del althusserianismo, el debate alrededor de las tesis del dellavolpismo girará en torno a una serie de argumentos, a favor y en contra, de un marxismo que leía la obra de Marx a partir del prisma de la cientificidad y el anti-hegelianismo. Mientras Della Volpe y Colletti objetaban el marxismo humanista en nombre de la riqueza de la obra madura de Marx y llamaban a superar la mentalidad marxista *ochocentista*, *hegelianizante* y *evolucionista*, sus críticos se esforzaban por llamar la atención sobre los peligros de las operaciones de transformación del marxismo en una ciencia y destacaban las virtudes y la productividad de un marxismo historicista. Así Badaloni defendía la concepción del marxismo como filosofía de la praxis y describía críticamente las pretensiones científicas del dellavolpsimo, Paci remitía sus argumentaciones a las tesis sartreanas y postulaba una concepción de la filosofía como reflexión sobre la praxis, y Luporini acusaba al dellavolpismo de propiciar un marxismo sectario e intelectualista, que impedía la reflexión sobre problemas como la historia y el hombre, que no daba cuenta del pasaje de la teoría a la práctica revolucionaria y que hacía decir a Marx lo contrario de lo que éste quería decir.⁹ De este modo, la circulación de los términos en los cuales se desarrolló el debate italiano puso en contacto tempranamente al grupo de *Pasado y Presente* con un repertorio de juicios valorativos frente al desarrollo de un marxismo científicista y anti-hegeliano, operando de esta forma como antecedente de la querrela abierta posteriormente por la irrupción del althusserianismo.¹⁰

El mismo tenor aperturista que estuvo presente en las discusiones al interior del universo marxista, se expresaba asimismo en las posiciones sostenidas frente a las relaciones entre el marxismo y otras corrientes intelectuales contemporáneas. El postulado gramsciano de la creación de un nuevo tipo de cultura se presentaba como inseparable de la necesidad de que el marxismo entablara un diálogo con los desarrollos teóricos más novedosos del campo de las ciencias sociales. Así como el manifiesto de Aricó llamaba a dar lugar a corrientes marxistas no necesariamente compatibles con el historicismo y el humanismo gramsciano, la revista también propugnaba la apertura hacia innovaciones teóricas no marxistas. En este marco, la lucha por convertir al marxismo en la filosofía de las masas implicaba el abandono del lastre de las oposiciones principistas del marxismo frente a otras doctrinas teóricas. Frente a estas posiciones, advertidas como dogmáticas y estériles, *Pasado y Presente* se proponía como un espacio que contribuyera a la edificación de un marxismo capaz de confrontar otras concepciones del mundo reconociendo en ellas contradicciones y errores pero también identificando sus verdades y potencialidades.

⁹ Sobre este mismo elemento, el de “hacer hablar a Marx”, se apoyará André Glucksmann para acusar a Althusser de propiciar un “estructuralismo ventrílocuo”, *Althusser: un estructuralismo ventrílocuo*. Barcelona, Anagrama, 1971.

¹⁰ Del hecho de que una polémica tan relevante como la del dellavolpismo no haya continuado en el marxismo argentino, y de un itinerario como el de Sciarreta, desde el marxismo dellavolpeano hacia el althusserianismo, Petra ha derivado la interesante sugerencia de que, debido a las afinidades existentes entre ambas corrientes marxistas, es probable que la llegada del estructuralismo y la obra de Althusser a la Argentina haya desplazado el interés que por entonces concitaba la obra de Della Volpe.

Esta concepción esbozada por Aricó en el manifiesto pasadopresentista se expresó, quizás como ningún otro caso, en la atención prestada por la revista al desarrollo incipiente del estructuralismo francés. Al respecto, el artículo de Del Barco, “Metodología histórica y concepción del mundo (acerca del problema de la larga duración)”, del número 2-3 y su nota bibliográfica sobre *El pensamiento salvaje* de Levi-Strauss del número 7-8, constituyen un atento seguimiento del desarrollo de la obra levi-straussiana, de sus proyecciones hacia el campo de las ciencias sociales y especialmente de las discusiones abiertas en torno a las relaciones entre el estructuralismo y el marxismo. En el primero de ellos, una respuesta a un artículo de Tulio Halperín Donghi publicado en *Cuestiones de Filosofía* en 1962 en el que éste planteaba el problema de la larga duración en historiografía a partir de una lectura crítica de la relación entre marxismo y conocimiento histórico, Del Barco presentaba el panorama de las ciencias sociales de fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960 deteniéndose en aquellos esfuerzos, como los de Fernand Braudel y Levi-Strauss, por trascender los límites de sus respectivas disciplinas y alcanzar una integración totalizadora de las ciencias. El modo en el cual Del Barco procesaba la tendencia hacia el análisis estructural implícita en la historiografía braudeliana y la antropología levi-straussiana se oponía a la interpretación de Halperín Donghi, estructurada a partir de una contraposición entre el marxismo, al cual le asignaba la enfatización de la creatividad humana, y la larga duración, perspectiva a la cual le otorgaba implicancias pesimistas. Del Barco se detenía en las referencias a la obra marxiana presentes en *Antropología estructural* ofreciendo una lectura que priorizaba las afinidades entre Levi-Strauss y Marx en torno a la identificación de estructuras a-temporales y que adscribía a una interpretación de la obra levi-straussiana en la cual el análisis estructural no implicaba necesariamente la anulación de la creatividad humana.¹¹

La atención prestada por *Pasado y Presente* a la obra de Levi-Strauss alcanzó su punto más alto con la densa reseña de *El pensamiento salvaje* escrita por Del Barco para el número publicado a principios de 1965. Dedicada especialmente a desentrañar los elementos nucleares de la empresa levi-straussiana, la lectura de Del Barco estaba estructurada en base a una indagación incisiva tanto del sustrato teórico sobre el cual se edificaban las tesis de Levi-Strauss como de los efectos que éstas podían tener sobre los impulsos más productivos del pensamiento filosófico. Así, un análisis de la lingüística saussureana permitía advertir que los postulados levi-straussianos se desarrollaban sobre un trasfondo epistemológico que privilegiaba el nivel inconsciente y a-histórico de la realidad humana. Asimismo, el abordaje del esfuerzo de Levi-Strauss por iluminar a través del análisis estructural los elementos que actúan a modo de intermediarios entre la naturaleza y el hombre era dotado de una valoración negativa. Remitida la igualación de todos los puntos de vista a una visión plana del mundo y asociada la búsqueda de una estructura trascendental a la construcción de una visión omnicomprendensiva de la realidad, Del Barco concluía su lectura de la obra levi-straussiana afirmando que ésta se caracterizaba principalmente por operar una extensión ilegítima de sus descubrimientos científicos al terreno filosófico y propiciar así un esquematismo comparable con el trascendental abstracto del pensamiento kantiano.

¹¹ Una primera referencia a la polémica Halperín Donghi-Del Barco puede encontrarse en Oscar Terán. *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1965-1966*. Buenos Aires, Puntosur, 1991. Para una reconstrucción de dicha discusión en el marco de la recepción de Braudel en Argentina, ver Diego García. “La renovación historiográfica en Córdoba. Un recorrido”. Diego García y Ana Clarisa Agüero. *op. cit.*

Los modos a través de los cuales Del Barco procesaba las polémicas abiertas en Europa a partir de la publicación de *El pensamiento salvaje* constituyen elementos indicativos del lugar del estructuralismo en la experiencia de *Pasado y Presente*. En primer lugar, Del Barco abordaba el embate de Levi-Strauss contra Sartre a través de una mediación argumental que terciaba claramente a favor de éste último. Si Sartre se negaba a reconocer la existencia de una naturaleza humana, esto se debía, según el cordobés, a que el sartreanismo formaba parte de una tradición filosófica que, aun aceptando la importancia de las invariantes estructurales, estaba interesada en problematizar las formas en las cuales el hombre puede trascender las estructuras a través de una praxis liberadora. Por ello, mientras Del Barco destacaba la atención prestada por Sartre a la contingencia de cada cultura particular, acusaba a Levi-Strauss de absolutizar su propia cultura al amparo de la postulación de la posibilidad de una comprensión transhistórica.

Asimismo, Del Barco demarcaba una lectura de las primeras discusiones sobre la relación entre marxismo y estructuralismo. La referencia a *Marxismo y estructuralismo* de Lucien Sebag, especialmente su insistencia en que el estructuralismo no niega que el hombre es el productor de todo lo humano, operaba en los argumentos de Del Barco a modo de separación de lecturas superficiales de la corriente estructuralista, como aquella que podía concebir al estructuralismo como una teoría postuladora de las estructuras como dadoras de sentido –las estructuras como creadora de las lenguas, los mitos, las religiones, etc.–¹². Cifrada la encrucijada de la filosofía de mediados de la década de 1960 en la disyuntiva entre sometimiento de las estructuras y libertad del hombre, la opción por el análisis estructural aparecía en el texto de Del Barco como condicionada a que dicha perspectiva atendiera de modo equivalente los problemas relativos a la praxis y la historicidad. Valorado el análisis estructural, la precaución se dirigía a un potencial desbalance entre los elementos invariantes y la contingencia histórica:

Estamos con el estructuralismo cuando sostiene que existen niveles de la realidad que sólo pueden ser pensados en términos lógicos y no históricos concretos, y esto de hecho y no de derecho, pero nos negamos a considerar como central y excluyente al nivel estructural, viéndolo en cambio, englobado dentro de una dialéctica de la totalidad, en la cual la estructura aparece como la parte más pesada y casi inmóvil¹³

Finalmente, en un movimiento que da cuenta de las tensiones establecidas entre estructuralismo y acción política, Del Barco reforzaba las oposiciones *abstractas* a *El pensamiento salvaje* con una disquisición en torno a la relación entre el estructuralismo

¹² La obra de Sebag, de 1964, no había sido aún traducida al castellano. Será editada en 1968 por Siglo XXI España. Sebag, formado en filosofía, realizó trabajos de antropología bajo la influencia de Levi-Strauss, de quien había sido alumno. Marxista y vinculado con grupos de extrema izquierda, fue expulsado del PCF en 1955. Su único libro, *Marxismo y estructuralismo*, generó en los círculos marxistas parisinos un debate que anticipó el que ocurriría posteriormente con la obra althusseriana. Como es harto conocido, Sebag era paciente de Lacan y pareja de su hija Judith, y se suicidó en enero de 1965 a los 31 años. Uno de los pasajes célebres de *El porvenir es largo* relata la visita de Lacan a Althusser luego de su suicidio.

¹³ Oscar Del Barco. “*El pensamiento salvaje* de Claude Levi-Strauss”. *Pasado y Presente*. Año III, N° 7-8, octubre 1964-marzo 1965, p. 229.

levi-straussiano y la historia *concreta* de los pueblos a lo largo del siglo XX. El cordobés oponía las afirmaciones anti-humanistas más contundentes de Levi-Strauss, especialmente aquellas que referían a un escepticismo sobre la liberación del hombre y a la convicción de un progresivo sometimiento al determinismo natural, a los esfuerzos realizados por los pueblos en pos de liberarse de los condicionamientos naturales y afirmar su voluntad sobre la fatalidad de las estructuras. Y afirmaba que si bien la lucha por la liberación del hombre no es un proceso simple y transparente, sino que está cargado de contradicciones y desgarramientos, la ponderación del nivel estructural que propicia Levi-Strauss no sólo no contribuía a pensar el problema de la construcción de un mundo desalienado, sino que terminaba ubicándose en un espacio divergente de la lucha de los pueblos por liberarse de los determinismo materiales y sociales.

El seguimiento realizado por Del Barco del itinerario teórico del estructuralismo levi-straussiano, receptivo del momento correspondiente a *Antropología estructural* y reactivo frente al avance propuesto en *El pensamiento salvaje*, convivió en la revista con intervenciones escritas por colaboradores pertenecientes a la expresión argentina de la tradición estructuralista. En el marco del impulso aperturista de *Pasado y Presente* y su programa de integración de los desarrollos teóricos más novedosos de las ciencias sociales, la revista incluyó los artículos “Infraestructura y superestructura en el análisis de la acción social” de Verón, publicado en el número 7-8, y “Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía” de Masotta, publicado en el número 9. En sintonía con la primera lectura realizada por Del Barco de la obra de Levi-Strauss y en clara divergencia con la segunda, los textos de Verón y Masotta, más allá de sus singularidades, constituían intervenciones caracterizadas tanto por la permeabilidad a las innovaciones propiciadas por los teóricos estructuralistas europeos como por el direccionamiento de los programas de investigación de sus autores bajo el influjo del paradigma estructural.

En el texto de Masotta se llevaba a cabo una clarificación de la empresa lacaniana, la cual era concebida como un intento del psicoanálisis francés de revertir el predominio del culturalismo norteamericano y el psicoanálisis anglosajón. Así, los elementos del lacanismo más valorados por Masotta eran la oposición a todo idealismo de la conciencia y la crítica a toda terapia de fortalecimiento del yo. Es interesante destacar cómo en este momento el énfasis de Masotta en la propuesta lacaniana de disolución del yo era compatible con las principales variables del proyecto politzeriano y la tradición existencialista. Masotta direccionaba la singularidad de la empresa lacaniana al interior de la tradición psicoanalítica francesa y de este modo establecía un paralelismo entre la oposición lacaniana a la reificación del yo y la crítica politzeriana a la reificación del inconsciente, así como entre la crítica de Georges Politzer a la abstracción metapsicológica y la oposición de Lacan al pasaje de lo particular a lo general.

Por su parte, en el texto de Verón se enunciaba un programa de análisis de los fenómenos superestructurales que integraba los desarrollos teóricos de Levi-Strauss, Barthes, Jakobson y Piaget y que se pretendía superador de las limitaciones de la teoría de la acción parsoniana. Definida la superestructura como un complejo proceso de circulación de mensajes y resaltados los mecanismos de emisión, transmisión y recepción, la propuesta de Verón giraba en torno a un pasaje desde la concepción representacional de la significación hacia una operacional, lo cual implicaba consecuentemente el relevo de las nociones de *idea* y *orientación* por las de *signo* y *comunicación*. De este modo, el análisis de los procesos ideológicos aparecía dissociado de las concepciones funcionalistas de la dimensión normativa de la cultura y direccionado hacia el estudio de los mecanismos metacomunicacionales y los efectos

normativos que operan a nivel inconsciente. Presentados los sociólogos de la acción como apresados en una perspectiva *subjetivista y conciencialista*, la intervención de Verón constituía un llamado a trascender el énfasis en la dimensión institucionalizada de la norma y constituir una teoría de la ideología capaz de atender las operaciones connotativas de la ideología.

En un agrupamiento que da cuenta de ambas dimensiones repasadas, es decir la apertura del marxismo *pasadopresentista* pero también las tensiones que generaba una corriente como la estructuralista, el artículo de Verón integraba un apartado preparado específicamente para el número de principios de 1965 sobre la temática “Marxismo y sociología” junto a un texto de Fernando Henrique Cardoso titulado “El método dialéctico”. Si bien la intervención de Cardoso se situaba al igual que la de Verón en el núcleo problemático de las relaciones entre marxismo, funcionalismo y estructuralismo, la triangulación entre dichos elementos por él operada divergía sustancialmente con la que se desprendía de la propuesta del argentino. A diferencia del programa teórico diagramado por Verón, en el cual una relectura estructuralista de Marx habilitaba una superación del funcionalismo, los postulados de Cardoso daban cuenta de una posición que buscaba blindar al marxismo frente a los desarrollos del funcionalismo y el estructuralismo a través de un reforzamiento del método dialéctico. Desde una lectura de Marx mediada por la interpretación lukacsiana, Cardoso intentaba mostrar cuán lejos del análisis estructural marxista se encontraba el enfoque estructuralista, principalmente en su vertiente levi-straussiana. Así, mientras el primero era descrito como un procedimiento totalizador que sintetiza determinaciones generales y determinaciones particulares, y que por lo tanto permite explicar tanto lo que permanece como lo que se transforma, el segundo era captado como un constructor de modelos vacíos de contenido cuyos patrones son aplicados indistintamente a los fenómenos sociales concretos. En este sentido, la diferencia radical entre marxismo y estructuralismo era cifrada por Cardoso como una expresión del contrapunto entre las interpretaciones que conciben a la historia como la realización de la actividad humana colectiva y aquellas que tienden a explicar los procesos sociales como confirmaciones de condiciones y fines ya dados.

III.

Será la convergencia entre el establecimiento de un marxismo de matriz humanista e historicista y la apertura a la modernización de los saberes contemporáneos la que delinearán las primeras lecturas de Althusser realizadas por *Pasado y Presente*. Dichas lecturas se reflejan en los dos primeros cuadernos dedicados al marxismo althusseriano: el número 4, *La filosofía como arma de la revolución*, de 1968 y el número 8, *Materialismo histórico y materialismo dialéctico* de 1969.

El Cuaderno número 4 contenía “La filosofía como arma de la revolución”, la entrevista de María Antonietta Macciocchi a Althusser realizada para *L'Unità* en febrero de 1968, traducida por Del Barco; “Práctica teórica y lucha ideológica”, el texto originariamente traducido por el cubano Enrique Román y publicado en Casa de las Américas en febrero de 1966; y “Sobre el trabajo teórico”, publicado por primera vez en *La Pensée* en abril de 1967, con traducción de Del Barco. La “Advertencia” al cuaderno constituye la primera aproximación sistemática al althusserianismo explicitada por el colectivo *Pasado y Presente*. Se refleja en esta aproximación una lectura cautelosa de la figura de Althusser, tanto en lo relativo a su propuesta renovadora del marxismo como a las proyecciones políticas de su obra. Aricó presentaba los textos de Althusser publicados en el Cuaderno como ensayos que expresaban problemas ya abordados en *La revolución teórica de Marx* y *Lire Le Capital* y que daban cuenta de un trabajo

sistemático de establecimiento de las coordenadas fundamentales de la filosofía marxista¹⁴. En tanto recortada a un intento de constitución de la filosofía marxista, la obra de Althusser era caracterizada como un trabajo de tipo epistemológico que proponía una lectura rupturista de Marx, a partir del cual el texto marxiano dejaba de ser concebido como una obra transparente y comenzaba a ser considerado como un discurso que inaugura una nueva problemática con conceptos todavía inadecuados. Asimismo, la presentación de Aricó daba cuenta de la incorporación por parte de Althusser, en su esfuerzo por llevar a cabo esta lectura sintomática de la obra de Marx, de recursos de la lingüística jakobsoniana, la antropología estructural levi-straussiana y el psicoanálisis lacaniano.

La introducción de Aricó presentaba un panorama del impacto de las tesis de Althusser en el campo marxista en el cual se remarcaba que, a pesar de constituir un proyecto en elaboración, el althusserianismo había tenido “enormes efectos positivos”¹⁵ en los debates marxistas contemporáneos. La presentación a los textos del Cuaderno daba cuenta de la influencia que las formulaciones althusserianas estaban comenzando a tener en diversos campos de investigación, y por ende, el lugar que estaba adquiriendo el althusserianismo en la cultura francesa y europea. El núcleo de la “Advertencia” se dirigía, sin embargo, a las proyecciones políticas de la obra de Althusser. Al dar cuenta del entusiasmo que el althusserianismo concitaba en espacios de la nueva izquierda, Aricó advertía que el hecho de que el desarrollo de una corriente marxista que descansaba sobre dimensiones epistemológicas conllevara importantes efectos políticos se presentaba “superficialmente como un hecho bastante paradójico”¹⁶. Es por ello que señalaba que el lector no debía sorprenderse de la profusa circulación que la obra de Althusser tenía en Cuba ni del reconocimiento que a ella le otorgaban los aparatos culturales del estado cubano.

La politicidad del althusserianismo era cifrada por Aricó en una clave leninista anti-espontaneísta y distanciada de la tradición stalinista. Las coordenadas interpretativas a partir de las cuales Aricó presentaba a Althusser en este primer momento estaban nutridas fundamentalmente por dos fuentes. La primera era “The Structure of Capital”, la reseña de *Pour Marx y Lire Le Capital* realizada por Eric Hobsbawm para *Times Literary Supplement* en 1966, a la que recurría Aricó para prevenir al lector de que los textos de Althusser no debían ser leídos como expresiones de un marxismo neo-stalinista, sino como indicadores de un resurgimiento del leninismo opuesto al espontaneísmo del comunismo francés. La otra era una intervención de Cesare Luporini publicada en 1967 en el número 4 de la revista francesa *L’homme et la société*, a la que Aricó seguía literalmente al afirmar que si bien las consecuencias políticas del althusserianismo debían ser aún exploradas, el hecho de que Althusser representara una salida leninista frente al empantanamiento del espontaneísmo, justificaba la traducción y difusión de sus escritos.

El Cuaderno número 8 retomaba la discusión italiana y presentaba intervenciones que daban cuenta del desarrollo de la tradición althusseriana en Francia. *Materialismo histórico y materialismo dialéctico* contenía los textos del debate llevado a cabo en los números 11, 13 y 14 de *Rinascita*, “La filosofía, la política y la ciencia” y

¹⁴ Cabe destacar que para el momento en el que fue escrita esta Advertencia, sólo estaba traducido al español *La revolución teórica de Marx*, ya que *Para leer El Capital* será editado al año siguiente.

¹⁵ “Advertencia”, Louis Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Córdoba, Pasado y Presente, 1968, p. 8.

¹⁶ *Id.*

“Respuesta a Antonio Pesenti sobre ‘Leer El Capital’” de Althusser, “Método de lectura” de Dal Sasso, “La tarea del filósofo” de Badaloni, “La relación hombre-naturaleza” de Gruppi, “Sí, para nuestra suerte” de Radice y “Un planteo ‘estructural’” de Della Volpe, todos ellos traducidos por Aricó. Asimismo reproducía “El (re) comienzo del materialismo dialéctico” de Badiou, publicado en *Critique* en mayo de 1967, con traducción de Nora Rosenfeld de Pasternac; “Materialismo histórico y materialismo dialéctico” de Althusser, un artículo publicado en abril de 1966 en *Cahiers marxistes-leninistes*, traducido por Aricó; y el Prólogo a la segunda edición francesa de *Lire Le Capital*, editado en 1968, con traducción de Santiago Funes.

Si bien ambos conjuntos de textos pueden ser concebidos como elementos pertenecientes a una gran discusión en torno la irrupción del althusserianismo en Europa, cada uno de ellos derivaba de debates centrados en problemas específicos. El intercambio entre Althusser y los comunistas italianos se ubicaba, en cambio, en un espacio en el cual las formulaciones althusserianas eran rebatidas desde posiciones gramscianas. La Advertencia del cuaderno da cuenta de la doble dimensión de la proyección althusseriana atendida en la compilación. Los textos provenientes de Francia, el de Badiou y los del propio Althusser, permitían, según Aricó, constatar que el pensamiento de Althusser seguía desarrollándose y complementar con *textos menores* la lectura de lo que a su entender es su *opus magna*, *Lire Le Capital*. Los textos del debate entre Althusser y los italianos eran presentados como indicativos de la relación problemática entre las posiciones althusserianas y las elaboraciones de Gramsci, quien es considerado uno de los teóricos que más ha renovado el pensamiento marxista en el siglo XX. Las reacciones de los marxistas italianos frente a las impugnaciones althusserianas de las posiciones gramscianas debían ser leídas, según Aricó, como una advertencia de que éstas “no pueden ser estudiadas con la parcialidad con que lo hace el pensador francés”¹⁷.

Sin embargo, la publicación del Cuaderno n° 19, *Gramsci y las ciencias sociales*, evidenciará la importancia de la lectura althusseriana de Gramsci en la configuración de una aproximación moderna a la obra del filósofo italiano. dicho cuaderno reproducía los textos “Gramsci y las ciencias sociales” de Luciano Gallino y “Sobre el método de Gramsci” de Alessandro Pizzorno, publicados en *Quaderni di Sociologia* en 1967, con la traducción de José Aricó; “Notas críticas sobre una tentativa de ‘Ensayo popular de sociología’” de Gramsci, originariamente publicado en *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* por la editorial Lautaro en 1958 con la traducción de Isidoro Flaumbaum; y “Notas sobre Gramsci” de Debray, un artículo publicado en *Il Manifesto* en 1969 y traducido por Aricó.

Los artículos de Gallino y Pizzorno se proponían un examen de las lecturas clásicas de la tradición gramsciana y una apertura a nuevas aproximaciones a la obra del marxista italiano desde una perspectiva sociológica. Gallino concordaba con algunas de las objeciones al historicismo gramsciano propiciadas por el althusserianismo, aunque explicitaba los peligros que implicaba una metodología de lectura como la propuesta por Althusser. Procedía, del mismo modo, a una historización de las concepciones de Gramsci en relación a la ciencia, en la cual la aversión gramsciana a lo científico era explicada por el temor de Gramsci de coincidir con las posiciones groseras del positivismo italiano. Por su parte, Pizzorno describía el carácter rupturista de la lectura althusseriana de Gramsci y advertía un declive del gramscianismo estructurado en la década de 1950. Este relevo interpretativo era presentado en términos positivos ya que

¹⁷ “Advertencia”. Louis Althusser y Alain Badiou. *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*. Córdoba, Pasado y Presente, 1969, p. 8.

si bien las lecturas anteriores de Gramsci habían permitido resistir la ortodoxia partidaria, reivindicar un rol específico para los intelectuales y estimular la investigación de la realidad italiana, aquellas habían obstaculizado el alejamiento definitivo de la tradición croceana y la vinculación con una metodología rigurosa de las ciencias sociales.

El texto de Gramsci reproducido en el cuaderno era aquel en el cual el italiano discutía las implicancias del manual de Bujarin *La teoría del materialismo histórico*. La lectura del materialismo bujarinista por parte de Gramsci daba cuenta de un esfuerzo por combatir las corrientes del marxismo que reducían la filosofía de la praxis a una sociología. De este modo, el gramscianismo aparecía como un marxismo que permitía defender el núcleo dialéctico de los ataques de las vulgarizaciones que reducían la concepción del mundo a formulaciones mecanicistas. En este mismo sentido, en las notas sobre Gramsci escritas desde la cárcel boliviana de Camiri, Debray se centraba en el combate entablado por el italiano contra el mecanicismo bujarinista y postulaba que el mayor mérito del gramscianismo había sido la soldadura entre teoría y práctica. La reacción gramsciana frente a los corrientes marxistas que propiciaban un desbalanceo en la relación entre historia y filosofía era señalada por Debray como el elemento que le había permitido al gramscianismo proyectarse hacia la militancia revolucionaria de la década de 1970. Sin embargo, dicha reacción era también concebida como aquello que podía favorecer el desvío historicista de considerar a la historia como un problema autorresolutorio.

La Advertencia al cuaderno refleja una concepción de Aricó del althusserianismo como parteaguas en la historia de la interpretación de la obra de Gramsci. Allí se planteaba a la compilación como la expresión de la confrontación entre dos vertientes del marxismo europeo, la francesa, en la cual predominaba el marxismo estructuralista de Althusser y sus discípulos, y la italiana, dominada por el marxismo historicista de los comunistas gramscianos. Sin embargo, a diferencia del posicionamiento sustentado en el Cuaderno 8, la postulación althusseriana del historicismo gramsciano como una operación de disolución de la teoría en la praxis y bloqueo de sus posibilidades científicas, era presentada como una lectura que habilitaba una aproximación contemporánea a la tradición gramsciana, es decir ya no mediada por el combate contra el dogmatismo soviético. Así, según Aricó, las críticas de Althusser...

...marcan el punto más alto de un período de reexamen crítico del pensamiento de Gramsci, tras el gran impulso de entusiasmo que sus escritos tuvieron en el movimiento socialista desde mediados de la década del 50, cuando los análisis de Gramsci aparecían como una de las pocas vertientes que la dureza del stalinismo no había secado en treinta años de monotonía dogmática...¹⁸

Si bien *Gramsci y las ciencias sociales* se presentaba como una compilación en torno a la obra del marxista italiano, es evidente que la edición de dicho cuaderno estaba motorizada por lo oportuno y ajustado de algunos de los desafíos planteados al historicismo gramsciano desde la escuela althusseriana. Tanto la postulación de la continuidad con la discusión en torno al intercambio entre Althusser y los filósofos italianos como la traducción de lecturas modernas de Gramsci y la inclusión del texto

¹⁸ “Advertencia”. Alessandro Pizzorno, Luciano Gallino, Regis Debray y Antonio Gramsci, *Gramsci y las ciencias sociales*, Córdoba, Pasado y Presente, 1970, p 5.

sobre Bujarin y el comentario de Debray, permiten advertir una necesidad de dar lugar a un replanteo de los problemas del historicismo gramsciano a la luz de las críticas esbozadas por el althusserianismo. Si bien se percibe que Aricó advertía que la radicalidad del anti-historicismo althusseriano entrañaba los mismos peligros que Althusser señalaba en el historicismo absoluto gramsciano, también puede apreciarse en sus argumentos la certeza de que el problema del historicismo al interior del marxismo ya no podía pensarse de la misma forma que se lo pensaba antes de la obra de Althusser.¹⁹

El rol de la lectura althusseriana como elemento correctivo y modernizador de la tradición gramsciana es también evidente en otros dos cuadernos editados por el colectivo de *Pasado y Presente*, tan poco atendidos como *Gramsci y las ciencias sociales*. El primero de ellos, la compilación *El concepto de "formación económico-social"*, publicado en 1973. Este cuaderno reproducía una serie de artículos que formaban parte de una discusión desarrollada en la revista italiana *Critica marxista* y en la francesa *La Pensée* en torno al concepto de formación económico-social. Una parte del cuaderno estaba compuesta por dos textos de Luporini publicados en *Critica*

¹⁹ La postulación del althusserianismo como correctivo de las lecturas clásicas del marxismo gramsciano implícita en *Gramsci y las ciencias sociales* dio lugar a discusiones con apropiaciones de la obra gramsciana realizadas desde otros espacios político-intelectuales de la izquierda argentina. En 1972 y en el marco del enfrentamiento entre los sectores marxistas y populistas de la Universidad de Buenos Aires, un grupo de estos últimos editó *El príncipe moderno y la voluntad nacional-popular*, un volumen que actuaba a modo de contrapeso de la articulación entre althusserianismo y gramscianismo advertida en Cuaderno número 19. En el prólogo, el editor del libro, Horacio González, sentenciaba que toda lectura de los *Cuadernos de la Cárcel* debía ser realizada desde el supuesto de que allí se encontraba el delineamiento de una estrategia orgánica para la toma del poder y que las aproximaciones a la figura de Gramsci debían partir de una concepción del italiano como un teórico que vinculaba la revolución a las voluntades nacionales y populares. En este sentido, reaccionaba frente a las lecturas que, a su entender, encasillaban la obra de Gramsci y achataban su original inflexión en la tradición marxista, una de las cuales correspondía a la althusseriana. González denunciaba al gramscianismo que condicionaba la productividad de Gramsci a la revisión de los equívocos metodológicos y conceptuales presentes en su obra y que postulaba como un error a ser subsanado "la negativa gramsciana de constituir una ciencia de estructuras al margen del proceso histórico en que se forma la hegemonía del 'moderno príncipe'". González se esforzaba en remarcar que el althusserianismo y el gramscianismo constituían dos corrientes del marxismo contemporáneo caracterizadas por la mutua incompatibilidad y exclusión. Se mostraba así incrédulo frente a la persistencia del althusserianismo en "entablar polémicas con quien –como él [Antonio Gramsci]– cerraba terminantemente la posibilidad de justificar una 'práctica teórica' o una ciencia estructural de la revolución, al margen de la práctica total de la revolución, empeñada por el intelectual colectivo y la voluntad nacional-popular". En tanto González y su grupo estaban inscriptos en las inflexiones humanistas e historicistas del marxismo, los ataques realizados desde el althusserianismo a las posiciones gramscianas eran concebidos como un acto de mezquindad. Del mismo modo, el énfasis en las relaciones entre filosofía y ciencia propiciado por el althusserianismo y la advertencia de su ausencia en las formulaciones gramscianas, transformaban a aquellos que hacían lugar a las tesis althusserianas en cientificistas responsables de oscurecer las dimensiones más productivas del legado gramsciano. Así González intentaba desnudar al marxismo propiciado por los *Cuadernos de Pasado y Presente* concibiendo a sus editores como "gramscianos vergonzantes" y afirmando que éstos "en definitiva están de acuerdo con el intento althusseriano de convertir a Gramsci en la prehistoria del estructuralismo".

marxista; “Dialéctica marxista e historicismo”²⁰, de 1966, traducido por Aricó, y “Marx según Marx”, de 1972, traducido por Celina Manzoni; y uno de Emilio Sereni, “La categoría de ‘formación económico-social’”, publicado en la misma revista en 1970, con traducción de Oscar Landi. La otra parte estaba integrada por los artículos de un número especial de *La Pensée* de 1971 dedicado al tema; “Modo de producción, formación económico-social, teoría de la transición a propósito de Lenin” de Christine Glucksmann, “Contra el fetichismo” de René Gallissot, “La formación económico-social como combinación de modos de producción” de Guy Dhoquois, “Desacuerdo sobre la definición de los conceptos” de Jacques Texier, “El punto de vista de un economista” de Pierre Herzog, “Estatuto del concepto de economía” de Pierre Gruet y “Cuatro observaciones sobre los conceptos de modo de producción y de formación económica de la sociedad” de Georges Labica, todos ellos traducidos por Irene Agoff.²¹

Resulta relevante la traducción y edición del texto de Luporini de 1966 que abría el cuaderno, en tanto éste constituía una intervención en torno al concepto de formación económico-social realizada al interior del marxismo italiano de modo simultáneo a las formulaciones althusserianas y convergente con algunas de ellas en sus principales variables interpretativas. Luporini avanzaba sobre el problema de la relación entre realidad y modelos abstractos en el marxismo desde una posición que enfatizaba el modelo científico construido en *El Capital* y objetaba explícitamente las corrientes historicistas de la tradición marxista. En este marco era postulado el concepto de formación económico-social como un modelo teórico con una función interpretativa respecto al ámbito que delimita, poseedor de una capacidad de periodización en sentido historiográfico y constituido en la oposición entre leyes generales de la producción y las leyes que definen una formación económico-social determinada.

La intervención del italiano remarcaba la posición subordinada que le corresponde al momento histórico-genético frente al momento genético-formal y que dicha subordinación no implica una disolución de la historia sino que, al contrario, es la única forma relacional que permite la disponibilidad teórica del modelo para su aplicación a realidades distintas de la que ha servido como base para su construcción. En un análisis que reivindicaba a Lenin y desacreditaba a Labriola, Luporini advertía que desatender el carácter subordinado de lo histórico frente a lo sistémico implica siempre la posibilidad de caer en dogmatizaciones mecanicistas, las cuales ejemplificaba a partir de las operaciones stalinistas que permitieron la imposición de los esquemas del feudalismo occidental a los pueblos orientales y de la política etapista para los países dependientes del capitalismo occidental. Si bien aparecía en una nota al pie del texto de Luporini, no quedaban dudas de las implicancias políticas de esta definición del concepto de formación económico-social y la consecuente concepción de la relación entre ciencia e historia en el marxismo: “...en este sentido, no aparece universalmente necesario el pasaje a través de una fase democrático-burguesa para alcanzar el socialismo”²².

²⁰ Este texto, cuyo título original era “Realtà e storicità: economia e dialettica nel marxismo”, había sido editado de forma independiente en 1969 en el Cuaderno número 11.

²¹ Dicho número de *La Pensée* contenía también un texto que no fue incluido en la edición del cuaderno: “¿Qu’est-ce que définir une ‘formation économique et sociale? L’exemple des Incas” de Maurice Godelier.

²² Cesare Luporini, “Dialéctica marxista e historicismo”, *El concepto de “formación económico-social”*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1973, p. 221. Cabe destacar que si bien la intervención de Luporini consistía básicamente en la asunción sin ambages de una posición anti-historicista, en alguno de sus pasajes el italiano advertía los peligros que entrañaban las

La discusión en torno al concepto de formación económico-social se abrió cuatro años después con una intervención de Sereni que abordaba los problemas relativos a dicho concepto en una dirección divergente a la del texto de Luporini. Sereni daba cuenta de una lectura de la obra de Marx y Lenin en la cual la categoría de formación económico-social estaba asociada a la dinámica del proceso histórico y no a la construcción de modelos teóricos. En los términos de Sereni, posiciones como las de Luporini, que otorgaban un rol predominante al momento genético-formal, contribuían a acortar las distancias entre el marxismo y aquellas corrientes sociologistas que tendían a considerar de forma supra-histórica o anti-histórica las relaciones y los procesos sociales. Subyacía en esta intervención la propuesta de que la única forma de que el concepto de formación-económico social resultara operativo tanto en el plano historiográfico como en el político era que sus dimensiones sistémica e histórica estuvieran integradas en el mismo nivel en una unidad analítica.

El texto de Sereni no esquivaba la explicitación del terreno en el cual se desarrollaban sus objeciones. Si el contrapunto en relación a todos los aspectos problematizados se realizaba con el artículo de Luporini, el señalamiento de la necesidad de un abordaje dinámico y no estático del concepto de formación económico-social tenía unos destinatarios más allá de los Alpes. Según Sereni, el énfasis en la caracterización de toda formación económico-social como proceso era fundamental en el marco de la contraposición entre las lecturas anti-historicistas y anti-humanistas de Marx como las de Althusser y Balibar, y las historicistas y humanistas como las de Lenin, Labriola y Gramsci. En una operación que integraba los debates marxistas italiano y francés, Sereni rescataba a Labriola de las acusaciones de mecanicismo esgrimidas por Luporini y retomaba las críticas de aquel a las interpretaciones esquemáticas y sociologizantes del desarrollo histórico para oponerlas al estructuralismo y al althusserianismo, al cual, a pesar de su descripción como una de las lecturas más refinadas e inteligentes de Marx, catalogaba como una expresión del sociologismo idealista.

La discusión en torno al concepto de formación económico-social siguió desarrollándose en el marco del marxismo italiano, de lo cual da cuenta la respuesta de Luporini a Sereni que también se incluía en el cuaderno.²³ Sin embargo, la polémica abierta por la intervención de Sereni tuvo un impacto significativo especialmente entre los intelectuales marxistas franceses. En 1971, las posiciones que propiciaba dicha intervención fueron discutidas en el Centre d'Etudes et de Recherches marxistes (C.E.R.M.) del PCF. En el marco de estas discusiones, el texto de Sereni fue traducido al francés por dos de los referentes del C.E.R.M., Texier y Nicolas Pasquarelli.

formulaciones estructuralistas. En este sentido, Luporini entablaba un diálogo con el texto de Rancière “Le concept de critique et la critique de l'économie politique des manuscrits de 1844 au Capital”, el cual le servía para ejemplificar la importancia de mantener la noción de subordinación del momento histórico-genético al momento genético-formal, ya no para evitar el peligro del historicismo sino para evadir los problemas del estructuralismo, en tanto, a su entender, Rancière tendía a anular la historia y absorber todo elemento histórico-genético en lo genético-formal.

²³ Dicha discusión ocupó un importante espacio en los números de *Critica marxista* editados en 1972. Además del mencionado “Marx según Marx” de Luporini, las intervenciones más significativas fueron “Formazione sociale e società de transizione” de Valentino Gerratana, “Concetto lógico e concetto storico di ‘formazione economico-sociale’” de Giuseppe Prestipino y “Modo di produzione, rapporti di produzione e formazione economico-sociale” de Gianfranco La Grassa. Para una reconstrucción integral de este debate, ver Nicola Simoni. *Tra Marx e Lenin. La discussione sul concetto di formazione economico-sociale*. La Città del Sole, 2008.

Finalmente, tanto la traducción del texto de Sereni como las lecturas críticas desarrolladas por los marxistas franceses fueron publicadas en el número 159 de *La Pensée*.

Si bien al igual que en la discusión desarrollada en Italia, el debate francés sobre el concepto de formación económico-social estuvo fracturado por las formulaciones althusserianas y dividió a aquellos que propiciaban un marxismo humanista e historicista de los que combatían dichas posiciones desde un esquema estructurado a partir de la obra de Althusser, otras intervenciones pretendían evitar dichas dicotomías y relativizar la incompatibilidad entre ambas tradiciones. En este sentido se destacaba el texto de Glucksmann, la cual le reconocía a Sereni la reevaluación del concepto de formación económico-social pero divergía con aquel en cuanto al direccionamiento de esta rehabilitación al interior de la tradición marxista. Esta lectura operaba a modo de defensa de las acusaciones de sociologismo a la tradición althusseriana, así como matizando la oposición global entre Althusser y Labriola, Gramsci y Lenin. Glucksmann clarificaba la distinción entre niveles de abstracción teórica inscrita en las formulaciones althusserianas y enfatizaba la importancia de la diferenciación entre conceptos teóricos y conceptos empíricos a los fines de poder precisar la relación entre modo de producción y formación económico-social. Asimismo postulaba a la concepción althusseriana de la formación económico-social como la única continuadora de las tesis leninistas, tanto en lo relativo a la prioridad otorgada a las relaciones de combinación, coexistencia y dominancia entre los elementos de cada formación como en lo vinculado a la distinción entre las diferentes historicidades del todo complejo estructurado en instancias.

El resto de las intervenciones de los marxistas franceses coincidían con Glucksmann en la necesidad de aclarar, matizar y problematizar las principales aseveraciones del texto de Sereni. Aunque no realizaban dichas operaciones desde posiciones plenamente althusserianas, los franceses daban cuenta de la importancia adquirida por la concepción althusseriana de la formación económico-social y de la necesidad de complejizar las interpretaciones historicistas y humanistas. Esto era evidente, por ejemplo, en la lectura realizada por Gallissot, quien advertía los peligros que engendraban las interpretaciones estructuralistas pero responsabilizaba del avance de esta corriente a los pobres abordajes contemporáneos del concepto de formación económico-social. En esta misma línea interpretativa, Gallissot afirmaba que el retraso de la investigación sobre formaciones económico-sociales en el campo de los estudios marxistas había posibilitado la introducción entre los intelectuales comunistas de un economicismo que bloqueaba la comprensión de fenómenos superestructurales, una concepción de la ideología que dividía todo lo existente entre el error burgués y la verdad proletaria y una práctica política que no podía incorporar las preocupaciones por la cuestión nacional.

La Advertencia al Cuaderno que reproducía los debates italiano y francés abordaba directamente el conjunto de problemas abiertos por la concepción althusseriana de la formación económico-social. Allí, Aricó se esforzaba por remarcar que las discusiones que se desarrollaron en *Critica marxista* y *La Pensée* daban cuenta de la importancia que tenía el concepto de formación económico-social en el campo del marxismo y que tal importancia estaba relacionada con el hecho de la disputa por la definición del concepto abarcaba una gran cantidad de temas y niveles de análisis que iban desde problemas epistemológicos hasta los de la práctica política. Por ello, la Advertencia se dirigía a una contextualización de los debates mantenidos en el marco del marxismo europeo y a la estructuración de un esquema que operara a modo de

plataforma para articular dichas discusiones con las necesidades de la izquierda de los países dependientes.

La lectura de la reactivación europea del concepto de formación económico-social realizada por Aricó se detenía en la relevancia teórica y política que dicho concepto tenía para establecer la dirección de la práctica política del proletariado en la lucha revolucionaria. En sus términos, el núcleo de la discusión en torno al concepto de formación económico-social lo constituía el problema de la relación entre economía y política, lo cual habilitaba a considerar a dicho debate como una expresión de la necesidad de abordar este problema nodal más allá del economicismo y el mecanicismo. En este sentido, Aricó advertía los peligros que entrañaban las posiciones estructuralistas; a su entender, se corría el riesgo de que el proletariado, frente al formalismo estructuralista, se encontrara en una situación crítica similar a la que se enfrentó en el contexto ideológico positivista de la Segunda Internacional. Sin embargo, establecía que las relecturas contemporáneas del concepto de formación económico-social eran fundamentales para un replanteo de los problemas relativos a la construcción de la hegemonía proletaria en los países dependientes y a la conformación de la dictadura del proletariado en la transición hacia la sociedad sin clases, en tanto las interpretaciones economicistas y sus proyecciones políticas reformistas habían dado signos de agotamiento.

El dato más relevante de la Advertencia a *El concepto de “formación económico-social”* estaba relacionado con la forma en la cual Aricó abordaba la contraposición que se advertía en las discusiones reproducidas entre las tradiciones historicista y estructuralista del marxismo. Aricó describía las discusiones entre los intelectuales marxistas de la época como un espacio en el cual los problemas tradicionales abordado por la crítica marxista, como la determinación económica, la lucha política, la ideología, la voluntad, la reproducción “tienden a presentarse, como **términos escindidos y excluyentes** en la antinomia protagonizada por la polémica entre las interpretaciones historicistas y estructuralistas del marxismo, que ha marcado muchas de las investigaciones y de los debates de los últimos años en el marxismo”²⁴. En este sentido aseguraba que la reactivación del concepto de formación económico-social implicaba una oportunidad para restituirle al marxismo el potencial revolucionario perdido por el rol predominante del concepto de modo de producción y por las consecuentes posiciones políticas etapistas. Según Aricó, dicha restitución no sería alcanzada mientras el marxismo gramsciano y el althusseriano fueran concebidos en términos de exclusión e incompatibilidad. En sus palabras:

...el trabajo de reconstrucción del significado del concepto de “formación económico-social” en los clásicos del marxismo se plantea como un requisito insustituible para avanzar en **la superación de la falsa disyuntiva** señalada [entre las interpretaciones humanistas y estructuralistas del marxismo] y con ello para lograr una reinscripción práctica del materialismo histórico en toda su dimensión y eficacia revolucionaria²⁵

²⁴ “Advertencia”. *El concepto de “formación económico-social”*. *op. cit.*, pp. 7-8, resaltado nuestro.

²⁵ *Ibid.*, p. 8, resaltado nuestro.

El otro Cuaderno es el número 48, correspondiente a *Hegemonía y dominación en el Estado Moderno*. Este cuaderno contenía una serie de textos tempranos de Poulantzas que constituían intervenciones previas a la publicación sus obras principales. Los artículos que integraban la compilación eran “La teoría marxista del Estado y del derecho y el problema de la ‘alternativa’”, que había sido publicado en *Les Temps Modernes* en 1964; “Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado”, publicado en dicha revista francesa en 1965; “La teoría política marxista en Gran Bretaña”, editado por *New Left Review* en 1967; y “Marx y el derecho moderno”, que había formado parte en 1967 de un número especial sobre el tema de *Archives de philosophie du droit*, todos ellos traducidos por María Teresa Poyrazián.

Uno de los elementos más destacables de *Hegemonía y dominación en el Estado Moderno* lo constituía la inclusión de un prefacio escrito especialmente por el propio Poulantzas dirigido a los lectores latinoamericanos. Este texto, fechado en París en noviembre de 1967, contenía una contextualización de la escritura de los artículos compilados así como un recorrido por los itinerarios teóricos y políticos del propio autor. En ambas dimensiones atendidas en estas notas introductorias, el althusserianismo tenía un lugar destacado. En la presentación de los artículos, Poulantzas remarcaba que éstos no poseían una unidad de *problemática teórica*. Aclaraba, en consecuencia, que presentaban una unidad en lo relativo a su objeto, el cual estaba vinculado con la investigación sobre el Estado y el derecho en la teoría marxista. Asimismo, ofrecía un repaso sobre el lugar del análisis de la superestructura jurídico-política y de lo político en los textos marxistas en el cual se destacaba la postulación de una ausencia de un nivel de *sistematicidad teórica*. Las obras políticas del marxismo aparecían como poseedoras de conocimiento en estado práctico, en tanto su elaboración había estado tradicionalmente sometida a la necesidad de guiar la acción política o intervenir en la lucha ideológica. Esta evaluación se coronaba con la caracterización de los trabajos recopilados como una serie de esfuerzos en pos de *constituir una teoría marxista* de la superestructura del Estado.

La descripción de la coyuntura política y teórica en la cual fueron escritos sus textos también estaba marcada por la irrupción del althusserianismo. En este caso, Poulantzas destacaba el modo a través del cual la renovación de la teoría marxista propiciada por Althusser había operado a modo de correctivo de sus tempranas posiciones humanistas e historicistas. Así, aparecía diagramado un mapa del marxismo europeo de los primeros años de la década de 1960 en el cual era valorada la riqueza de los autores italianos, como Della Volpe, Umberto Cerroni, Lucio Colletti y Mario Rossi, frente a los franceses, entre los cuales ubicaba a Sartre y los marxistas nucleados alrededor de la revista *Arguments*, como Henri Lefebvre, Kostas Axelos, Claude Lefort, Pierre Fougereyrollas y Lucien Goldmann. Poulantzas describía sus primeras búsquedas teóricas al interior del corpus marxistas como un camino transitado junto a las formulaciones sartreanas y gramscianas, apropiaciones que eran adjudicadas tanto a la pobreza del marxismo oficial como a su situación de clase pequeñoburguesa.

Reconstruía, luego, un momento de crisis teórica, en el cual convergieron tanto la consolidación del marxismo althusseriano como una advertencia propia de las limitaciones de las inflexiones humanistas e historicistas del marxismo para pensar las relaciones entre Marx y Hegel, el sujeto de la historia, la ciencia y la ideología, y la génesis de las estructuras. Es por ello que, según su descripción de los artículos publicados, se podía advertir un estadio de sus formulaciones teóricas en las cuales las posiciones humanistas e historicistas entraron en crisis, aunque como en todo momento de ruptura, algunos de sus elementos aún convivían con las nuevas posiciones teóricas. Finalmente daba cuenta del espacio ocupado en el terreno marxista al momento de

escribir el prefacio, en el cual sus inflexiones humanistas e historicistas son concebidas retrospectivamente como errores necesarios en el descubrimiento del camino justo, el cual es identificado precisamente con la brecha abierta por Althusser en el campo del marxismo. Poulantzas anunciaba a los lectores latinoamericanos que el pasaje desde las posiciones gramscianas y sartrenas hacia las althusserianas había tenido, para él, un tenor revolucionario: “el itinerario teórico de estos artículos presenta, en forma condensada y en un terreno particularmente propicio, la evolución actual del pensamiento marxista: es el reflejo de la revolución que tuvo lugar”²⁶.

La disposición cronológica de los textos reproducidos en *Hegemonía y dominación en el Estado Moderno* le permitía al lector, efectivamente, acompañar el itinerario teórico descrito por Poulantzas. Sus primeros trabajos constituían esbozos de un análisis marxista del derecho y el Estado en las sociedades modernas occidentales, estructurados en base a una problematización de las concepciones marxistas clásicas sobre el nivel jurídico y estatal. Entre éstas, la atención de Poulantzas se centraba en las formulaciones de Michael Reiser y Andrey Vyshinsky en torno al derecho como conjunto de normas emitidas por el Estado que refrendan la explotación entre las clases, y las de Peter Stuchka y Evgeny Pashukanis sobre el derecho como sistema y orden de relaciones sociales ratificado por el Estado. En un primer momento, Poulantzas refutaba estas concepciones a través de argumentos historicistas. A su entender, el marxismo soviético no podía captar que todo conjunto de normas implica una cristalización de valores a partir de la cual se estructura el orden normativo. En este sentido, le oponía a dichas concepciones la tesis de que los dominios superestructurales, entre los cuales se ubican el derecho y el Estado, están genéticamente estructurados y deben ser captados en base a los valores históricos que le otorgan su especificidad.

En un segundo momento, si bien la intervención poulantziana se mantenía en un sustrato historicista, sus bases gramscianas comenzaban a convivir con problematizaciones de inspiración althusseriana. A partir de este movimiento, las concepciones sobre el derecho y el Estado sustentadas por el marxismo soviético eran consideradas como inflexiones que, al identificar al orden estatal únicamente con la violencia represiva, propiciaban abordajes idealistas y voluntaristas del Estado. Desde esta posición, Poulantzas calificaba a las nociones marxistas tradicionales sobre el orden jurídico y estatal como concepciones opuestas a un análisis marxista científico del Estado. La lectura poulantziana se detenía en los modos en los cuales dichos abordajes concebían la relación entre los dominios estructurales y superestructurales a fines de advertir los peligros que entrañaba la introducción de elementos voluntaristas y el economicistas en el análisis marxista. Era precisamente frente a estas matrices teóricas que aparecía delineado un programa de análisis en el cual las relaciones entre estructuras y prácticas eran concebidas como elementos constitutivos de un sistema con niveles específicos de realidad. Así, Poulantzas introducía el concepto de formación económico-social en su acepción althusseriana, destacaba el modo en el que éste complejizaba el problema de la temporalidad y remitía a su productividad la posibilidad de superar las concepciones unilineales de la sucesión de los modos de producción. Asimismo, ingresaba en la discusión en torno al concepto de hegemonía en la tradición marxista a través de un movimiento que operaba una demarcación frente a las perspectivas subjetivistas. Para ello, Poulantzas se apoyaba en las formulaciones althusserianas sobre la ideología, las cuales actuaban a modo de base para refutar aquellos enunciados teóricos, como los de Goldmann, Adorno y Marcuse, que tendían a

²⁶ Nicos Poulantzas. “Prefacio”. *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*. Córdoba, Pasado y Presente, 1973, p. 10.

problematizar lo ideológico a partir del problema de la alienación. Como contraparte, la ideología entendida en clave althusseriana se presentaba desempeñando un rol fundamental a los fines de integrar en una perspectiva marxista científica una concepción de lo ideológico como un nivel específico de realidad.

La matriz althusseriana de la intervención de Poulantzas aparece definitivamente consolidada en el texto publicado en *New Left Review*, el cual constituía una respuesta a las tesis de Perry Anderson y Tom Nairn sobre la hegemonía de la aristocracia terrateniente en la evolución del capitalismo en Gran Bretaña. La oposición planteada frente a los marxistas ingleses adquiría un tono rupturista, en tanto éstos eran presentados como sostenedores de una perspectiva historicista y subjetivista que los conducía a abordar los problemas relativos a las clases, las superestructuras, la hegemonía y la ideología desde un aparato conceptual dissociado del análisis marxista científico. Poulantzas calificaba a Anderson y Nairn de continuadores de la tradicional concepción de la formación económico-social como una totalidad funcionalista, circular y compuesta por elementos equivalentes, poseedora de una instancia central dadora de sentido y cuyo desarrollo se adjudica al devenir unilateral de dicha instancia, ya sea en su vertiente economicista o voluntarista. De modo divergente con estas tendencias interpretativas, Poulantzas postulaba una concepción de la formación económico-social como un complejo estructurado en niveles específicos con predominio en última instancia de la economía y cuyo sentido está dado por la articulación de los niveles a partir de un modo de producción determinado. El abandono de la perspectiva historicista y subjetivista y la adopción un punto de vista althusseriano le permitía a Poulantzas fundamentar el análisis de las formaciones sociales en las que existe un desajuste entre la clase políticamente dominante y las estructuras objetivas del Estado. De este modo, la atención prestada a la articulación de los diferentes niveles con sus correspondientes historicidades torna inteligible una formación económico-social como la británica, en la cual el carácter feudal de la estructuras del Estado no implicaba necesariamente la hegemonía política de la aristocracia.

Resulta relevante el modo en el cual la sucesión de textos de Poulantzas reflejaba que la consolidación del aparato conceptual althusseriano no implicaba necesariamente el abandono de la tradición gramsciana. Al contrario, el progresivo desplazamiento entre ambas tradiciones estaba acompañado por una reinterpretación de las tesis gramscianas, a través de las cuales éstas eran dissociadas de aproximaciones subjetivistas y voluntaristas y traccionadas hacia una lectura estructural. Esta relectura era particularmente evidente en la forma en la cual aparecía problematizado el concepto de hegemonía. Al desmontar la estrecha asociación operada en las tesis de Anderson y Nairn entre la constitución del proletariado como clase hegemónica y la conciencia de clase, Poulantzas intentaba separar el problema de la hegemonía de las concepciones humanistas y voluntaristas de la lucha proletaria. De este modo, aparecía historizada la discusión en torno al concepto de hegemonía en la tradición marxista y se destacaba lo problemático que había resultado la interpretación de la cuestión de la alianza entre el proletariado y las otras clases dominadas. En este sentido, la inflexión poulantziana direccionaba el problema de la hegemonía proletaria hacia las coordenadas objetivas de la formación social capitalista, lo cual se traducía en una concepción del concepto de hegemonía en tanto interiorización de las contradicciones entre el proletariado y las clases dominadas y constitución política de los intereses específicos de la clase obrera en interés general de todos los trabajadores.

IV.

Durante la segunda etapa de *Pasado y Presente* se consolidó definitivamente la orientación obrerista esbozada antes de la finalización de la primera etapa de la revista. El texto programático con el que el colectivo pasadopresentista se presentaba luego de ocho años de un trabajo orientado hacia la labor editorial, “La ‘larga marcha’ al socialismo en la Argentina”, articulaba una mirada retrospectiva de la coyuntura pos-Cordobazo con un programa militante centrado en la conquista de la autonomía de la clase obrera. Sobre un sustrato marcadamente antiimperialista, las discusiones en torno a la instauración de un poder revolucionario eran trasladadas desde las concepciones de dicho fenómeno como resultado de la *toma del poder* hacia la convicción de que la revolución constituye un largo y amplio proceso de lucha anticapitalista. En el marco del direccionamiento conceptual de la revolución como resultado de una *larga marcha*, la lucha por la constitución de un poder obrero autónomo en la fábrica aparecía priorizado como el elemento capaz de unificar a las masas en un movimiento auténticamente anticapitalista. De este modo volvía a ser delimitado, para la elaboración de una estrategia socialista, el imperativo de *partir de la fábrica*. Era el enfoque del trabajo militante en la realidad fabril lo que habilitaba, según el editorial pasadopresentista, pensar desde el interior de la propia clase y lograr así una correcta articulación entre la estructura de clase, las relaciones de producción y el programa de lucha obrera.

La orientación obrerista de esta nueva etapa de la revista estuvo acompañada, al igual que a mediados de la década de 1965, por lecturas críticas de los impulsos vanguardistas de la izquierda argentina. El *partir de la fábrica* era así postulado como un factor facilitador de la superación definitiva de las posiciones intelectualistas que tendían a definir la situación de la clase obrera únicamente desde una filosofía de la historia y los valores propios de una vanguardia iluminada. La necesidad de derivar las formas organizativas y de lucha de la propia experiencia de la clase obrera, volvía a aparecer como la única forma de articulación entre el marxismo y la clase revolucionaria capaz de sortear los errores dogmáticos de la izquierda argentina. Lo que sí se presentaba como novedoso en este nuevo momento de intervención de la revista, era el modo en el cual el problema de la autonomía de la clase obrera aparecía vinculado a la *cuestión peronista*. El análisis desarrollado a lo largo del editorial pasadopresentista, escrito al calor del triunfo del FREJULI, estaba estructurado en base al argumento de que si, a los fines de evitar posiciones vanguardistas, era necesario que la militancia revolucionaria atendiera a los condicionamientos históricos y sociales del contexto en el que ésta se desarrollaba, el camino a seguir para la izquierda argentina era el de una articulación entre movimiento de masas y práctica socialista que diera cuenta de la adhesión al peronismo de los sectores populares del país. Un análisis del peronismo que esquivara las trampas de concebirlo como astucia burguesa o como reformismo tradeunionista implicaba, por lo tanto, una problematización de las concepciones clásicas en torno a la conciencia de la clase, la espontaneidad, la vanguardia y los movimientos nacionales. En sus propios términos, todos estos problemas hacían que en ese momento se planteara...

...como objetivo básico de PASADO Y PRESENTE, la necesidad de analizar la originalidad del proceso de constitución de una fuerza socialista de masas en Argentina, como un caso en que la relación “conciencia-espontaneidad” se muestra “impura”, en el que, por lo tanto, es necesario impulsar el desarrollo de una conciencia socialista a partir de las luchas de una clase

políticamente situada en el interior de un movimiento nacional-popular²⁷

La demarcación del mencionado horizonte político estaba articulada con la consolidación de un viraje en la lectura del corpus gramsciano. A modo de punto de llegada de las discusiones en torno al humanismo y al historicismo gramscianos propiciadas por el althusserianismo, que expresaban el agotamiento de las lecturas clásicas de Gramsci, y de la decisión política de entroncar la experiencia pasadopresentista con las luchas del peronismo revolucionario, reveladora de una apuesta por la intervención militante concreta, la segunda etapa de la revista estuvo marcada por un direccionamiento hacia el Gramsci de *L'Ordine Nuovo* y la experiencia de los consejos de fábricas. Resulta indicativo en este sentido la compilación de textos del Gramsci ordinovista reproducida en el primer número de la nueva etapa con el título “Democracia obrera y socialismo”. Dicha selección daba cuenta de los esfuerzos gramscianos por demostrar tanto las virtudes de la experiencia consiliar como los problemas derivados del otorgamiento de una centralidad excluyente al Partido. Adquirían relevancia, por ende, argumentos relativos a la necesidad de favorecer y articular las actividades e instituciones propias de la vida social de la clase obrera, al sistema de la democracia obrera como generador privilegiado de experiencia política para los trabajadores y de preparación para el ejercicio del poder, al consejo de fábrica como modelo del estado proletario en tanto instancia de organización, solidaridad y colaboración entre los trabajadores, y a la inconveniencia de que el partido y los sindicatos se ubiquen como tutores o conductores de la experiencia política de los consejos de fábrica.²⁸

La selección de textos gramscianos estaba acompañada por una introducción de Aricó, que llevaba el título “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci” y se ofrecía como delimitadora de los parámetros de lectura de los artículos reproducidos. Allí, Aricó contextualizaba la experiencia de los consejos de fábrica desarrollados en Turín durante el *bienio rojo* de 1919-1920, destacando la iniciativa de *L'Ordine Nuovo* y caracterizando a Gramsci como el traductor más original del leninismo a la realidad italiana de la posguerra. En relación a la especificidad del movimiento consiliar, se valoraba el modo en el cual los consejos constituyeron instancias que permitieron que la vanguardia deje de ser un elemento externo al proletariado. De esta forma, según Aricó, los trabajadores pudieron vincularse con la vanguardia a partir de la singularidad de su experiencia, apuntando en este sentido a revertir la relación *pedagógica* y *abstracta* entre Partido y clase obrera. Las postulaciones gramscianas de la revolución como un proceso a través del cual el proletariado se expresa a través de sus propios órganos de lucha eran leída por Aricó como indicativas de los vínculos de la teoría gramsciana con las formulaciones de Luxemburg, del Lenin de las tesis de Abril y de Mao. Denunciados el espontaneísmo y el vanguardismo como las dos caras de un mismo problema, la conceptualización del proceso revolucionario era direccionada hacia la articulación entre la lucha en los

²⁷ Pasado y Presente. “La 'larga marcha' al socialismo en Argentina”. *Pasado y Presente*. N° 1 nueva serie, abril-junio de 1973, p. 20.

²⁸ Sobre la recepción del ordinovismo, ver Hernán Ouviaña. “De la Petrogrado italiana a la Turín argentina. La recepción del Gramsci ordinovista por parte de José Aricó y el grupo de Pasado y Presente”. *Jornadas Internacionales José María Aricó*. 28, 29 y 30 de Septiembre de 2011, Córdoba, Argentina.

lugares de trabajo y las luchas desarrolladas en el seno de las otras contradicciones del sistema capitalista.

En consonancia con la importancia otorgada a las formulaciones del Gramsci consejista, en la segunda etapa de la revista tendrán un lugar destacado las discusiones abiertas por Gorz en torno al problema del control obrero. El rol desempeñado por los desarrollos teóricos gorzianos son especialmente perceptibles en el número 2/3 de la segunda etapa de la revista, cuyo dossier sobre “Problemas del movimiento obrero” incluía el texto del francés titulado “Táctica y estrategia del control obrero”. La intervención de Gorz, enmarcada en el contexto de luchas obreras europeas y el programa general de conquista del proceso de trabajo por parte de los trabajadores, intentaba dar cuenta de lo desfasado que se encontraban los sindicatos tradicionales frente a las transformaciones en las formas de producción del capitalismo contemporáneo. La propuesta de control obrero se presentaba, en este sentido, como la forma más adecuada de lucha frente a los procesos de predeterminación de las condiciones de trabajo y de globalización de la política gerencial. Así, el direccionamiento de la acción de los trabajadores hacia el control obrero aparecía como delimitado por un riguroso diagnóstico de la experiencia de la clase obrera, en este caso atravesada por procesos de modificación de los tiempos de producción, de las calificaciones y los salarios. La no adecuación de los sindicatos tradicionales a esta nueva situación de la clase obrera hacía que en la perspectiva de Gorz dichos espacios fueran concebidos como instituciones conservadoras en tanto expresaban solamente demandas realistas y condicionan la lucha de los trabajadores dentro de los convenios establecidos con la patronal.

La intervención de Nun que acompañaba el texto de Gorz, “El control obrero y el problema de la organización”, abordaba el problema de la estrategia de lucha obrera desde un marco teórico que convergía con las orientaciones gorzianas. Los argumentos desarrollados por Nun en torno a la organización estaban marcados por la vinculación entre los problemas relativos a la consigna de control obrero, como la autoemancipación del proletariado y la concepción de la revolución como largo proceso social, y las posiciones políticas derivadas de la asunción de un marxismo mecanicista, como el vanguardismo y el intelectualismo. La postulación de la fábrica como espacio paradigmático de la lucha en pos de la conquista de la autonomía obrera era contrapuesta por Nun a aquellas concepciones sobre la emancipación del proletariado estructuradas en base al rol desempeñado por el partido y la ciencia. Así se desarrollaban sucesivamente oposiciones entre la consigna del control obrero y la concepción del proletariado como “mero soporte o portador de estructuras que se reproducen más o menos mecánicamente”²⁹, posición acusada de ignorar las relaciones dialécticas entre sujeto y objeto, y actividad humana y realidad social, y la de los intelectuales radicalizados como “arcángeles del progreso científico”³⁰, desviación atribuida a la idea errónea de que la conciencia proletaria puede ser determinada por una conciencia externa a la clase obrera. En consecuencia, el vanguardismo, el iluminismo y el cientificismo eran integrados por Nun en una crítica general de aquellos marxismos que tienden a fetichizar la estructura partidaria y la acción de sus intelectuales:

no puede extrañar, entonces, que este lugar de encuentro entre el proletariado y su conciencia externa [EL PARTIDO] pase a ser

²⁹ José Nun. “El control obrero y el problema de la organización”. *Pasado y Presente*. N° 2 nueva serie, julio-diciembre de 1973, p. 208.

³⁰ *Ibid.*, p, 209.

casi naturalmente el verdadero sujeto del discurso revolucionario y que el papel, la estructura y el funcionamiento de la organización se consideren susceptibles de una teorización autónoma y universalmente válida³¹

Sobre el sustrato teórico delineado por la apropiación del Gramsci consejista, la adopción de los desarrollos teóricos contemporáneos sobre el control obrero y la consecuente posición anti-vanguardista, los análisis coyunturales de la realidad argentina y latinoamericana aparecidos en la segunda etapa de la revista estaban dotados de un explícito tenor anti-althusseriano. Esta lectura reactiva del marxismo althusseriano está expresada especialmente en el texto “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual” de Portantiero, así como en “La pequeña burguesía y el problema del poder: el caso chileno” del colaborador brasileño Rui Mauro Marini, ambos publicados en el primer número de la nueva etapa. En ambas intervenciones se deslizan advertencias sobre la difusión y apropiación de dimensiones teóricas y analíticas de raigambre althusseriana, como la concepción estructural del modo de producción, la interpretación poulantziana de la hegemonía, la torsión anti-humanista y anti-historicista del corpus marxista, y la concepción del Estado y la ideología cifrada en el concepto de Aparatos Ideológicos de Estado.

El análisis de Portantiero intentaba dar cuenta de las relaciones de fuerza políticas de la Argentina de 1973 a partir de un repaso de las transformaciones iniciadas en el país con el golpe de Estado de 1966. Con el objetivo político de contribuir al desarrollo de un bloque social de poder alternativo y con la prioridad analítica otorgada a la relación entre las contradicciones económicas y las contradicciones políticas, Portantiero explicitaba un marco interpretativo de dichas contradicciones que atendía alguno de los núcleos revitalizados por el althusserianismo pero que se revelaba hostil frente a algunas inflexiones del marxismo estructuralista. El principal supuesto que guiaba este análisis de la coyuntura argentina estaba vinculado con la relación entre las contradicciones económicas y las contradicciones políticas y consistía particularmente en la postulación de la existencia de temporalidades específicas en cada uno de los mencionados niveles. Dicho supuesto implicaba la noción de que las contradicciones en el nivel político no pueden ser concebidas a modo de despliegue o proyección de las contradicciones en el nivel económico. Asimismo, esta conceptualización de la relación entre las diferentes contradicciones conllevaba un condicionamiento de la fusión de las diversas temporalidades a la elaboración de una estrategia revolucionaria correcta en tanto ésta permitiría alcanzar el único proceso capaz de lograr dicha coincidencia, es decir, la revolución.

³¹ *Id.* En consonancia con la publicación del texto de Gorz y el análisis desarrollado por Nun, el dossier “Problemas del movimiento obrero” incluía un denso artículo de Antonio Carlo sobre “La concepción del partido revolucionario en Lenin”. La aproximación a la obra de Lenin allí delimitada conllevaba una intención aperturista en torno a la interpretación de las formulaciones leninistas en torno a la relación entre vanguardia y masas. La exégesis realizada por Carlo constituía un esfuerzo por demostrar que lo que se entendía por “concepción leninista del partido” correspondía únicamente al momento del *Qué hacer* y a la lectura particular desarrollada posteriormente por el stalinismo. Remarcaba, de este modo, que durante el período revolucionario y especialmente a partir de la consigna “todo el poder a los soviets”, las concepciones de Lenin sobre la relación partido-masas conllevaban una corrección de las tesis vanguardistas e idealistas sostenidas a comienzos de siglo.

En la lectura de Portantiero eran priorizadas las categorías gramscianas de alianza de clases y bloque de fuerzas. La primera remitía a posiciones estructurales en tanto era definida como la articulación de clases y fracciones de clases establecida al margen de la voluntad de los actores y a través de la cual se les adjudica intereses objetivos de acuerdo a la especificidad de las contradicciones económicas. La segunda divergía de la interpretación poulantziana de Gramsci en tanto era concebida como el proceso de constitución política de las clases sociales en el cual desarrollan un rol fundamental la conciencia y la voluntad de los actores. De este modo, las fuerzas sociales eran remitidas a la interacción entre objetividad y experiencia, estructura y superestructura, y posición subjetiva y organización voluntaria. Asimismo, Portantiero explicitaba un punto de partida analítico que daba cuenta de la existencia de contradicciones al interior de la alianza de clases y el bloque de fuerzas y de relaciones de tipo asimétricas entre sus componentes. Era precisamente el énfasis en la dimensión asincrónica de la contradicción el que habilitaba el análisis de la coyuntura argentina en clave de *empate hegemónico*, a través de la cual la situación era caracterizada como una fase de no correspondencia entre la nueva dominación económica y la nueva dominación política, en la cual ninguna de las clases que lideraba los polos de la contradicción principales, es decir capital monopolista y proletariado industrial, había logrado hegemonizar un bloque de fuerzas sociales.

Para Portantiero, un análisis como el llevado a cabo en este artículo requería una serie de precisiones en torno a las coordenadas desde las cuales era realizado. En tanto los objetos abordados y las aproximaciones analíticas por él priorizados coincidían con los del marxismo estructuralista y las lecturas de la coyuntura inspiradas en dicho marco interpretativo, aparecía postulada como necesaria la explicitación de que su intervención no formaba parte del conjunto de estudios desarrollados a partir de dicha inflexión de dicha corriente del marxismo contemporáneo. En primer lugar, Portantiero remarcaba que su análisis partía de una posición marxista que concebía a la sociedad como un entretejido de relaciones sociales, el cual era remitido a los comportamientos de los actores sociales y dissociado de la concepción de la sociedad como yuxtaposición de niveles estructurales. Asimismo, remitía la necesidad de enfatizar esta diferencia a la importancia adquirida por ciertas expresiones del marxismo estructuralista: “Parecería redundante recordarlo, pero ante la ola de nominalismo estructuralista que tiende –al menos en su uso vulgar– a fetichizar los instrumentos analíticos como si fueran estructuras concretas, la reiteración no es inútil”³². De este modo, el uso de distinciones analíticas y diferenciaciones entre niveles de la realidad social era condicionado al mantenimiento de un sustrato marxista que conciba a la sociedad como el producto de la actividad de los hombres y que entienda a las categorías analíticas como elementos que permiten comprender la relación entre estructuras concretas. Es la autonomización del análisis estructural de dicho sustrato lo que producía, según Portantiero, una reificación de las categorías analíticas y la configuración de un marxismo “según el cual la historia sería ‘producto’ de las estructuras, mientras la acción humana, la voluntad, la experiencia, quedan reducidas a un rol subordinado”³³.

Al igual que en la intervención de Portantiero, el althusserianismo ocupaba en el texto de Marini el lugar de oposición frente a los propios argumentos sustentados. En este caso, la circulación de las innovaciones propiciadas por el marxismo althusseriano era articulada con las discusiones desarrolladas alrededor de la vía chilena al socialismo.

³² Juan Carlos Portantiero. “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”. *Pasado y Presente*. N° 1 nueva serie, abril-junio de 1973, p. 33.

³³ *Ibid.*, p. 34.

En el marco de la actualización generada por el proceso chileno de los debates en torno a la relación entre la toma del poder político y la transformación del modo de producción, el análisis de Marini jerarquizaba las conceptualizaciones que tienden a priorizar las dimensiones coercitivas del aparato de Estado. En este sentido aparecía como privilegiada la distinción entre el Estado, entendido como la cima del sistema de dominación, y el sistema de dominación en sí, definido como el conjunto de elementos sobre los que una clase basa su poder. En consecuencia, el análisis del caso chileno enfatizaba la separación entre los problemas de la conquista del aparato de Estado y los del poder proletario, y destacaba la posibilidad que le ofrecía la posesión del poder del Estado al proletariado de establecer alianzas con las demás clases explotadas y modificar así la correlación de fuerzas en pos de la construcción del socialismo. Frente a esta posición, las formulaciones de Althusser sobre los Aparatos Ideológicos del Estado y su problematización por parte de Poulantzas eran señalados por Marini como expresiones de un marxismo que tendía a borrar los límites del Estado hasta hacerlo coincidir con el sistema de dominación. En la lectura realizada por Marini del marxismo althusseriano aparecía destacada la validez de un análisis en clave de AIE para regímenes excepcionales, como los fascistas, pero también advertida la dificultad que tenía este tipo de perspectivas para abordar la complejidad de las relaciones entre el Estado e instituciones como los sindicatos en sociedades como las latinoamericanas.

V.

El repaso por las diferentes instancias a través de las cuales *Pasado y Presente* estableció relaciones con el althusserianismo nos ha permitido reconstruir una diversa gama de lecturas que cuestionan en gran medida la afirmación de los estudios clásicos sobre el itinerario de Gramsci en Argentina en torno a la exclusión e incompatibilidad entre el gramscianismo y el althusserianismo. Al respecto, es posible vislumbrar una serie de lecturas que conciben a ambas tradiciones como divergentes y excluyentes, y que tracciona claramente a favor de la gramsciana. En estos casos, las dimensiones críticas recortadas en la tradición althusseriana están relacionadas con el teoricismo, el antihistoricismo, el cientificismo y el antihumanismo. Es posible percibir en estas aproximaciones, sin embargo, una serie de señalamientos en relación a la obra de Althusser que descolocan en cierta medida la lectura predominantemente crítica: el intento de superación del espontaneísmo, la rigurosidad de la lectura y la postulación del marxismo como saber objetivo.

A partir de otras lecturas del althusserianismo realizadas por *Pasado y Presente*, es posible recortar una serie de relaciones establecidas con dicha tradición signadas por la convivencia y reciprocidad con el gramscianismo. De este modo, una relectura *desprejuiciada* de los cruces productivos entre gramscianismo y althusserianismo habilita la comprensión de los efectos de la difusión del concepto de formación económico-social y de las formulaciones anti-humanistas y anti-historicistas en el trabajo de corrección y modernización de la lectura de Gramsci y en la configuración de modos específicos de intervención político-intelectual al interior de la izquierda argentina.